ENCUENTROS EN CAN BORDOI

Primer Encuentro

Obstáculos a la espiritualidad en las sociedades europeas del siglo XXI

4 de Septiembre – 30 de Agosto 2004



Con la colaboración de:
Fundació Jaume Bofill

Primera Edición: Marzo de 2005

Edita:
CETR
Rocafort, 234 bjs (jardines Montserrat)
08029 Barcelona
Tel. 93 410 77 07
Fax. 93 321 04 13
cetr@cetr.net
www.cetr.net

INDICE

PRESENTACIÓN

"Los obstáculos a la espiritualidad en la Europa del siglo XXI" ha sido el título del Primer Encuentro en Can Bordoi. Si se le da a este encuentro el título de "primero" es para remarcar el deseo de que sea el primero de unos encuentros periódicos, anuales si es posible.

Aunque no se pudo proponer con el tiempo suficiente como para poder contar con la participación de todas las personas deseadas[1], nos pareció que valía la pena poner en marcha el proyecto, puesto que existía la voluntad de ayuda por parte de la Fundación Jaume Bofill. Así, podemos considerar este primer encuentro como un ensayo de lo que podría convertirse en un trabajo continuado de estudio de las *condiciones de la espiritualidad en las sociedades europeas desarrolladas contemporáneas*. Un primer ensayo que ha dado sus frutos, a la vez que ha servido para buscar maneras para mejorar el método de trabajo y la organización de los próximos encuentros.

Esta vez, cada día se presentaron dos ponencias. Los participantes disponían, previamente, del texto escrito y de un tiempo para su lectura. Seguía a la exposición de la ponencia el diálogo sobre la misma y sobre aquellos temas que pudiera sugerir. La profusión de temas obligó a robar tiempo a las franjas de descanso para ampliar las posibilidades de trabajar alguno de esos temas aparte. Si no se pudo ahondar más en ellos fue por falta material de tiempo. El resultado fue, ya, de unas jornadas excesivamente largas. Este es uno de los aspectos metódicos que será mejorado en futuros encuentros. La presente recopilación respeta el orden en el que se fueron presentando las ponencias e

[1] lo que explica el no contar con voces femeninas ni con la presencia de algunas tradiciones

incluye, también, la síntesis de los temas añadidos en el camino y trabajados de forma complementaria.

Tanto las ponencias como los debates se llevaron a cabo en castellano para facilitar la participación de todos los miembros de la mesa y no ralentizar el proceso con traducciones.

Quien lea las ponencias y la síntesis de los debates podrá darse cuenta de la diversidad de perspectivas de trabajo y de temas abordados. Probablemente, resumir más las sesiones de lo que lo hemos hecho podría ocultar excesivamente la diversidad y desdibujar la riqueza de las aportaciones. El conjunto se cierra con los esfuerzos de recopilación llevados a cabo el último día.

Participantes:
Bhakti Das, estudioso del Hinduismo y presidente en España de la “Divine Life Society”
Jalil Bárcena, arabista y director de l’Institut d’Estudis Sufís
Marià Corbí, epistemólogo y director del CETR (Centre d'Estudi de les Tradicions Religioses)
Josep Mª Duch, filósofo y traductor de libros de la tradición hindú
Francesc Xavier Marín antropólogo y profesor de Blanquerna, (Universidad Ramon LLull)
Vicente Merlo, filósofo y coordinador del *Master de Historia de las Religiones* de la Universidad Autónoma de Barcelona
Amando Robles, sociólogo y profesor de la Universidad Nacional de Costa Rica
Francesc Torradeflot, teólogo y secretario ejecutivo de la Asociación Unesco para el Diálogo Interreligioso
José Mª Vigil, teólogo de la Asociación Ecuménica de Teólogos y Teólogas del Tercer Mundo y director de la “Agenda Latinoamericana”
Marta Granés, profesora coordinadora de CETR
Teresa Guardans, profesora y bibliotecaria de CETR

INTRODUCCIÓN

La segunda gran revolución industrial, la de la tecno-ciencia y la de la informática, nos ha introducido en una dinámica de continua transformación de todos los parámetros de la vida colectiva: cambios constantes en las ciencias y tecnologías, en los modos de trabajo y organización tanto sociales como familiares, en los valores colectivos y sistemas de cohesión.

Toda esta dinámica tiene un fundamento científico-técnico y un motor económico: el éxito económico depende de la capacidad de innovación de empresas y países en productos y servicios.

Estas transformaciones aceleradas, han tenido una grave consecuencia: han desplazado culturalmente las formas tradicionales de las religiones. Los mensajes de las religiones se han vuelto opacos para la gran mayoría de los grupos sociales, especialmente para los más implicados en la cultura, en las ciencias y tecnologías y para los sectores más jóvenes de los colectivos.

Lo que intentaríamos en el encuentro sería comprender lo más posible este fenómeno.

Las tradiciones religiosas nacieron, se desarrollaron y se expresaron en un tipo de sociedad que en la Europa desarrollada es sólo residual. La gran calidad y riqueza de la espiritualidad de las tradiciones se vertió en esa copa y se ofrece todavía en ella. Pero los colectivos se alejan de ese vino; ni lo aceptan ni lo beben. El rechazo es tan completo que ya no resulta ni problema. El caso de los jóvenes es paradigmático.

¿De qué revestimiento está recubierta la espiritualidad de las tradiciones para que resulte imposible reconocer su sabor y la profunda calidad de la oferta? ¿Qué obstáculos están poniendo las mismas tradiciones a la recepción de su mensaje?

Las nuevas sociedades, por su parte, ¿qué rechazan realmente? ¿Con qué concepciones y actitudes están bloqueando la recepción?

Si no queremos que nuestra investigación se desvíe o esterilice, tenemos que partir de dos supuestos:

1º. La espiritualidad, la vía interior, el camino, o como quiera que se le llame, es connatural a nuestra especie.

2º. Supuesto eso, si las gentes se alejan de la espiritualidad es que se han creado, por parte de las religiones y por parte de la cultura de las sociedades, obstáculos que, en la mayoría de los casos resultan, de hecho, difíciles o imposibles de saltar.

Las dificultades tienen que ser, principalmente, de tipo cultural. Atribuir la causa del desplome de las religiones a fidelidad o infidelidad, austeridad o hedonismo, moralidad o inmoralidad, es huir de afrontar el problema con radicalidad y franqueza.

Esta será nuestra primera tarea, que cada uno de nosotros abordará desde sus conocimientos y desde su experiencia humana y espiritual.

En nuestro primer “encuentro” se tratará de intentar averiguar, o rastrear por lo menos, qué factores culturales, sociales y religiosos están interviniendo en las sociedades europeas de inicios del siglo XXI, y por tanto y especialmente en Cataluña, para bloquear el interés y el acceso, para la mayoría de la sociedad, a las dimensiones humanas de espiritualidad y calidad que cultivaban las grandes tradiciones religiosas de la humanidad.

Con frecuencia se tiende a solventar este grave problema –sobre todo desde las ortodoxias-, culpabilizando a las sociedades industriales avanzadas. Se las acusa de materialistas, consumistas, egoístas, explotadoras, hedonistas y un largo etcétera. Se sostiene, con frecuencia, que las sociedades europeas se han alejado de la religión y de la espiritualidad por su culpa, porque son todo eso de lo que se las acusa.

A esta actitud cabe hacer algunas objeciones:

Culpabilizar es una solución demasiado fácil e injusta. En la evolución y en la marcha de la historia de las sociedades europeas han intervenido muchos más factores culturales, económicos, sociales, científico-técnicos y religiosos que la libre elección de los individuos y los colectivos. La trasformación de los hechos colectivos europeos ha sido empujada por estructuras y lógicas que son mucho más amplias e incontrolables que las decisiones de los individuos o las decisiones de los políticos de los grupos.

De todas las épocas se podrían hacer esas afirmaciones, y se han hecho. En todas las épocas de la historia, la cultura y la sociedad se ha articulado entorno de la depredación y de la egocentración individual y colectiva. Es nuestra condición de vivientes necesitados depredadores del medio. Desde esta perspectiva, todas las culturas y todas las sociedades han sido radicalmente ineptas para la sutilidad de la propuesta de la espiritualidad, para el amor incondicional y para la muerte al propio egoísmo.

Intentar solventar el problema, culpabilizando, demuestra muy poca comprensión y muy poca benevolencia. Esta sería razón suficiente para descartar esta actitud.

Pero es que, además, esa es una postura esterilizante y autocomplaciente, porque una vez cargada la culpa a la maldad de los tiempos, ya no queda nada más que hacer.

Esa postura resulta ser una manera fácil de escapar a la autocrítica. Así nos ahorramos tener que investigar qué es lo que les pasa a las tradiciones religiosas y a la sociedad para que ocurra ese fenómeno. Sobre todo, con esta postura podemos escapar, con la conciencia tranquila, de tener que revisar nuestras propias convicciones y creencias.

Se condena y se menosprecia, sin más análisis, a quienes deben ser los receptores de la transmisión del legado de las grandes tradiciones religiosas. Quizás nuestros contemporáneos están

donde están, no porque sean malos y peores sus antepasados, sino porque no tienen más remedio.

Las sociedades europeas, hayan llegado como hayan llegado, están donde están: sin creencias ni religiosas ni laicas, sin sentido de la sacralidad, completamente laicas, con un desinterés por todo lo que pueda oler, aunque sea de lejos, a religión. Ese desinterés es de tal calibre, que hace que lo religioso, se presente como se presente, ya no sea ni problema.

Así son nuestros conciudadanos, y ese mismo trasfondo tenemos muchos de los que todavía nos preocupamos por el inmenso legado de sabiduría y espiritualidad de las grandes tradiciones de la humanidad.

Esa es la situación que se da; no hay otra (si no es marginalmente) y, con toda probabilidad, esa actitud descreída, laica y global, no tendrá marcha atrás en bastante tiempo por lo menos.

Por consiguiente, la actitud correcta para abordar el estudio de este problema es partir de los datos, aceptarlos e intentar comprenderlos en profundidad.

Si quisiéramos acercarnos a una persona, lo primero que tendríamos que hacer, es comprenderla y aceptarla como es. Lo mismo cabe decir de las sociedades. Si queremos comprender a las sociedades occidentales europeas, lo primero que hay que hacer es aceptarlas tal como son, para poder entenderlas y amarlas, así quizás cambien.

Tampoco hemos de caer en la tentación de intentar salvar la actitud de las tradiciones religiosas y de sus líderes. No se trata ni de salvar ni de justificar ni de condenar, sino de comprender. También en este caso es inútil e injusto condenar. Aquí también vale el principio de “aceptar y comprender”.

En ningún caso “aceptar” equivale a conformismo ni a sumisión. Uno acepta a un amigo tal como es, y eso no significa que no haga lo que pueda para ayudarle a corregir sus deficiencias.

Cabe, como mínimo, una sospecha fundada de que tradiciones que nacieron, se cultivaron y hablaron de la gran calidad humana que es la sabiduría, en sociedades y a sociedades preindustriales, agrarias, autoritarias, patriarcales, provinciales, exclusivas y excluyentes, formuladas muchas de ellas en los códigos culturales de creencias de su tiempo, tengan dificultades para hacerse entender en sociedades postindustriales, democráticas, no-patriarcales, globales, sin apoyos de creencias, ni religiosas ni laicas, sino fundamentadas en postulados y proyectos creados explícitamente por los interesados, sin ninguna garantía externa y, por tanto, sin criterios absolutos de ningún tipo.

Hemos de intentar encontrar las maneras para lograr que la gran herencia de las tradiciones pueda ser recibida por las nuevas sociedades y por las nuevas generaciones.

Toda imposición es, hoy más que nunca, inútil e imposible.

Si la espiritualidad es connatural a las personas (así lo atestiguaría la antropología, la etnología, la historia y las afirmaciones de todas las grandes tradiciones religiosas) han de darse obstáculos muy fuertes, muy insalvables para que la gran mayoría de los individuos prefieran la inanición antes que recibir lo que se les ofrece.

Es indudable que las tradiciones son como grandes depósitos de riquezas. Tiene que haber obstáculos muy poderosos para que los necesitados no quieran tomar esas riquezas.

Sería, pues, cuestión de reconocer esos obstáculos. No los podremos reconocer con lucidez e imparcialidad si no partimos de la aceptación completa y el amor, tanto a las nuevas sociedades como a las organizaciones religiosas.

La aceptación que hemos de cultivar, no puede estar reñida con la claridad y el rigor. Hemos de ser capaces de llamar a las cosas por sus nombres, sin paliativos, con libertad y sin temor.

En estos “encuentros” se dan las condiciones óptimas para que nuestros diálogos sean francos, libres, sin recelos, desprotegidos y a fondo.

Si llegamos a conocer los obstáculos, podremos obviarlos, si no los conocemos, escribiremos, hablaremos y trabajaremos para seres humanos y sociedades que ya no existen más que marginalmente, y cada vez más marginalmente.

Desde el saber y la experiencia de cada estudioso intentaremos averiguar cuáles parecen ser los obstáculos que están bloqueando a nuestros conciudadanos para acercarse a la gran sabiduría de las tradiciones espirituales de la humanidad.

Tiene que tratarse de obstáculos de gran calado porque quizás nunca antes, en la historia de nuestra especie, habíamos necesitado tanto de la gran sabiduría de la que hablan los Maestros en sociedades científica y tecnológicamente tan poderosas, ni tan inermes en criterios sólidos de calidad.

Barcelona, Centre d'Estudi de les Tradicions Religioses (CETR)